

¿ Y SI NO HACEMOS EXÁMENES ?

Una experiencia de evaluación sin exámenes

J. Ricardo González Alcocer

La Propuesta

“Uff... No me fio”. “Eso no puede ser”. “No me convence, nunca he hecho eso”, “¿Hay truco?”...

Estas son algunas de las expresiones que mis alumnas del 2º curso del Ciclo de Grado Superior de Educación Infantil expresaron cuando les comuniqué la idea de que en el módulo que les iba a impartir durante un curso podríamos no hacer exámenes.

La propuesta era interesante. Evaluar el módulo (asignatura) a través de un método en el que no hubiese examen. Interesante, sí, pero nueva. Y la novedad da inseguridad, y ante la inseguridad tendemos a aferrarnos a lo que siempre hemos hecho. Y eso a pesar de que durante años no he dejado de oír a alumnos y alumnas quejarse de los exámenes. Con lo cual, la primera sensación era relativamente negativa ante la perspectiva de ser evaluadas sin el instrumento habitual de uno o varios exámenes.

¿Y por qué no lo probamos? Ante la negativa previa, cargada de toda lógica por otra parte, les propongo que probemos, que abramos nuestras mentes a fórmulas diferentes, que piensen todo lo que les hace sufrir la experiencia de los exámenes y hasta qué punto les sirve finalmente para su aprendizaje.

Ya, pero entonces ¿cómo sacamos la nota que nos has de poner? Nuevamente otra preocupación lógica. Si no hay examen, ¿de dónde sale la nota? Máxime cuando un buen número de alumnas y alumnos necesitan una nota para acceder a una carrera universitaria. A ello hay que sumar que el sistema educativo presente exige una nota numérica de cada alumno/a que forme parte de su calificación final y el profesorado nos vemos obligados a reflejar en un número todo el trabajo, los esfuerzos, las actitudes, los conocimientos y aprendizajes adquiridos y mostrados por cada uno de nuestros alumnos y alumnas a lo largo de un curso.

El método

Llegamos entonces al momento de explicar en qué consiste el método de evaluación sin exámenes. En primer lugar es preciso aclarar que no existe un método como tal, sino que hay distintas fórmulas de poder evaluar sin centrarse en el clásico modelo del examen. Fórmulas como el trabajo por proyectos o el aprendizaje cooperativo pueden servir de ejemplos. Yo voy a aportar aquí mi experiencia, que puede ser una experiencia más y que es susceptible de variación, modificación, adaptación a la realidad de cada uno de los profesores y profesoras que tenemos la inquietud de buscar otras estrategias a las clásicas dentro de la escuela y la educación. Por tanto no se trata de sentar cátedra, sino de aportar, de buscar otras fórmulas que puedan ayudarnos en esta bella labor que es educar y en la difícil tarea de evaluar.

Habría que partir en este sentido de una idea básica: calificar no es evaluar. Calificar es poner un número o nota a una persona en base a unos criterios o indicadores. La calificación es una valoración cuantitativa que habitualmente sirve para clasificar, descalificar, admitir o excluir a un alumno o alumna por el resultado obtenido en una prueba, test, control o examen, normalmente en base a un ejercicio memorístico. Además, este tipo de evaluación la hace el/la profesor/a que es quien asume la labor de juez y otorga la nota que el alumno o alumna merece en base a sus criterios. Con lo cual parece que evaluar se reduce a examinar.

Desde nuestra perspectiva, entendemos que evaluar es mucho más. Evaluar es extraer el valor de algo, es analizar una situación con el objeto de mejorar, es reflexionar sobre el proceso educativo en el cual están implicados al menos dos agentes de manera directa, el/la alumno/a y el/la profesor/a. Se pretende así conocer al alumno/a y que este se conozca a sí mismo/a, valorar su trabajo y esfuerzo, analizar sus avances o retrocesos, diagnosticar las dificultades de aprendizaje para actuar sobre ellas, ver la validez de las metodologías empleadas y un largo etcétera que hacen de la verdadera evaluación un proceso lleno de riquezas y matices que no puede reducirse a una mera nota objeto de una prueba o examen. Partimos de esta idea básica para sustentar el modelo que se propone.

Como el objeto es no centrarse en un examen como fórmula de evaluación y calificación, se proponen otras alternativas o instrumentos de evaluación más acordes con el planteamiento propuesto.

En primer lugar, partimos de una concepción integral y global de la evaluación, por lo que no podemos limitarnos solo a valorar los conceptos adquiridos. Se ha de dar importancia a otros aspectos como son los procedimientos (máxime en el ámbito concreto que estoy describiendo, un ciclo de formación profesional) y las actitudes. Para ello, se establecen porcentajes para cada uno de estos aspectos así como criterios de valoración en los mismos, por lo que finalmente se obtendrá una calificación del cruce de estos tres elementos (conceptos, procedimientos y actitudes). El examen empieza ya a perder la función predominante que habitualmente ha tenido.

La base del modelo que proponemos es la valoración de lo que los alumnos han aprendido. La fórmula clásica utiliza los exámenes para llevar a cabo esta valoración. Si se hace un buen examen se supone que el alumno o alumna ha aprendido bastante y su nota será alta. Si por el contrario, el resultado es negativo, eso se refleja en un suspenso. La pregunta que hay que hacerse es ¿si un alumno o alumna aprueba un examen es que ha aprendido mucho en un módulo o asignatura y si lo suspende es que tiene carencias notables en lo que tenía que aprender?

Sabemos que esto no es así. Que muchas veces las circunstancias de la persona y el momento influyen en que se haga un buen examen o no. La tensión o estrés que provoca un examen puede hacer que una persona no refleje en el mismo lo que realmente sabe. La dificultad de transcribir en palabras lo que uno sabe en un breve periodo de tiempo puede tener el efecto similar. Por otro lado, la capacidad de memorización no refleja de manera certera la capacidad de aprendizaje. Se memorizan unos contenidos que se vuelcan en el examen, pero que no son un fiel reflejo de que esos mismos contenidos hayan sido adquiridos y formen parte de los aprendizajes interiorizados por el alumnado. Es lo que muy acertadamente María Acaso ha llamado *educación bulímica* en la que el proceso se reduce a *memorizar – vomitar – olvidar*.

La aplicación práctica

Pues bien, ante esto se propone que los procedimientos sean valorados a través de diferentes trabajos y actividades en base a los contenidos del módulo o asignatura. Las actitudes serán observadas por el profesor o profesora tomando como referencia una serie de ítems previamente definidos y que serán valorados por dicho profesor junto a la valoración que haga el alumno o alumna de sus propias actitudes. Esta valoración puede hacerse por el propio alumno (autoevaluación) mediante un cuestionario individualizado o con una evaluación dialogada y reflexiva entre profesor y alumno a través de una entrevista individualizada con cada uno de los/as alumnos/as. En cuanto a los conceptos y otros aprendizajes obtenidos a lo largo del curso, en lugar de exámenes se proponen los siguientes instrumentos de evaluación:

- Diario de aprendizaje. Cada alumno/a ha de ir realizando un diario con los aprendizajes más significativos que ha experimentado ese día. A partir de las explicaciones o contenidos aportados en el aula, las experiencias o actividades realizadas, las reflexiones que le han suscitado, etc. Para facilitar la realización del mismo se pueden dar las siguientes pautas de cara a su elaboración:

- . ¿Qué es lo más importante que he aprendido hoy?
Extraer las ideas clave vistas ese día.
- . ¿Qué preguntas, dudas o dificultades se me plantean?
- . ¿Qué consecuencias tiene lo aprendido con mi vida, a nivel personal y profesional (en Formación Profesional es básico este ítem).
- . ¿Para qué me sirve? ¿Qué puedo hacer yo con ello?
- . Alguna otra reflexión que me surja

Este diario será elaborado en casa por el alumno o alumna de manera diaria o como mucho semanalmente. Es preciso incidir en esto ya que si no se hace así, pierde su sentido y la dificultad para el alumno es mayor. De esta forma, al tener que poner lo aprendido en un papel y con sus propias palabras se refuerzan los contenidos vistos de manera más calmada, aporta reflexión sobre lo abordado en cada sesión y se extrae aprendizaje no solo de la teoría, sino de todo lo que ocurre en el aula (diálogos, actividades, experiencias, etc.). El diario será entregado por el/la alumno/a al profesor en cada una de las evaluaciones para que este lo lea y extraiga su valoración en base a lo que refleja el alumno sobre su propio aprendizaje.

- Entrevista personal: En cada una de las evaluaciones, se desarrollan evaluaciones individualizadas entre profesor/a y alumno/a para valorar los aprendizajes personales a partir de lo reflejado en el diario y en las aportaciones que el/la alumno/a haga. Se trata de una evaluación dialógica en la que hay un intercambio entre profesor y alumno. El profesor aporta su visión, lo que ha observado, la valoración del diario leído previamente,... El alumno o alumna habla de lo aprendido hasta la fecha, las utilidades que ha sacado de los contenidos vistos, el esfuerzo personal realizado, las dificultades o aspectos a mejorar, la actitud que tiene, y cualquier otra reflexión importante. También puede servir para valorar los contenidos vistos, las estrategias docentes, la metodología empleada, etc. Es decir, se trata de un intercambio entre profesor y alumno en el que tiene que haber una apertura por ambas partes con el objeto final de lograr una evaluación real, así como mejorar aquellos aspectos que sean precisos. Este proceso de reflexión compartida ha de llevar a una negociación en la nota final que el alumno ha de tener. Esto requiere una autoevaluación del propio alumno o alumna y una aportación por parte del profesor de la nota que él considera que ha de tener en base a todos los aspectos antes mencionados. El diálogo, la negociación y el consenso decidirán dicha nota y las acciones a seguir realizando para las siguientes evaluaciones o para determinar, en su caso, una nota final.

Consideraciones a tener en cuenta

El optar por un método de este tipo nos lleva a tener en cuenta algunos aspectos que inciden directamente en el desarrollo del mismo.

- En primer lugar, se establece una nueva relación profesor/a – alumno/a. La relación gana en horizontalidad ya que el alumno adquiere relevancia como

sujeto en el proceso evaluador y no solo es objeto del mismo. El profesor o profesora ha de estar dispuesto a esto y a partir de un mayor nivel de confianza en el propio alumnado. Confianza que se gana con otras acciones a lo largo del curso y que no vamos a reflejar aquí al no ser objeto de este artículo, pero que resulta básica en un proceso de este tipo.

- Por tanto, el modelo propuesto implica una evaluación que realiza el profesorado y una autoevaluación que se requiere para el alumnado. Los profesores estamos acostumbrados a evaluar, pero los alumnos no lo están tanto a autoevaluarse, lo que en principio supondrá una dificultad para ellos/as, por lo que hay que habilitar fórmulas para trabajar este aspecto, desarrollar estrategias, promover habilidades que favorezcan la capacidad del alumnado de poder evaluarse a sí mismo. De esta forma, la propia evaluación adquiere un valor formativo-educativo ya que el propio modelo supone nuevos aprendizajes.
- Es preciso que la propuesta sea negociada con toda la clase. Está claro que el grupo de alumnos/as ha de estar de acuerdo en el método. No se trata de imponer una nueva fórmula ya que empezaría a perder validez en el momento en que este es impuesto. La negociación del mismo ha de llevar a informar adecuadamente en qué consiste el método, qué criterios que van a utilizar, las acciones o instrumentos que se van a utilizar, qué papel va a tener cada persona en el proceso, etc. Al ser algo novedoso causará ciertas reticencias, como ya hemos reflejado, por lo que es preciso dejarlo claro y que sea el grupo quien decida embarcarse o no en este proceso.
- Desde el punto de vista del profesor/a hay que aclarar que el método requiere un esfuerzo mayor y más dedicación. La lectura de todos los diarios de aprendizaje, las entrevistas individualizadas y otras acciones que se consideren relevantes dan más trabajo y requieren más tiempo que la corrección de uno o dos exámenes en un trimestre. Se hace necesario tener en cuenta este aspecto desde el principio ya que optar por esta propuesta implica mayor inversión de tiempo y esfuerzo. A su vez, también supone más trabajo y esfuerzo para los/as alumnos/as al tener que realizar un diario de manera continua. Hay que partir de esta idea, por lo que se requiere el compromiso de ambos para que el modelo sea efectivo.
- El modelo puede fallar. No garantiza que la evaluación resultante y la nota final corresponda con la realidad de cada uno de los alumnos y alumnas. Es difícil medir si una persona ha aprendido o no dada la complejidad del concepto *aprender*. También puede haber dificultades a la hora de saber si un/a alumno/a está sabiendo valorarse a sí mismo/a, unas veces por defecto, valorándose más negativamente de lo que en realidad sería, otras veces por exceso, con una valoración más alta de lo que es en realidad. Pero también el modelo clásico de los exámenes falla ya que ponemos una nota desde nuestra perspectiva y subjetividad, pudiendo distanciarse esta de la realidad de lo que una persona ha aprendido verdaderamente. No existe, por tanto, la perfección en este sentido, no existe la certeza absoluta en un proceso tan difícil como es la evaluación de los aprendizajes y el desarrollo de una persona. Pero creemos que el modelo propuesto se acerca más a lo que un proceso evaluador ha de ser. Y por eso apostamos por él.

La experiencia

Mi experiencia en la aplicación de este método, aun teniendo en cuenta todo lo dicho, es altamente satisfactoria. Ha aportado un elemento diferente en la relación profesor-alumno y las opiniones del alumnado han reflejado una valoración clave:

sienten que han aprendido más y de una manera más agradable. Seguramente a ello ha contribuido la edad de mis alumnas, ya que al tratarse de un ciclo formativo de grado superior todas ellas tienen más de 18 años y realizan estos estudios de manera voluntaria y en principio porque les gusta. Pero no dudo de que cada profesor o profesora puede adaptar la idea a su grupo de alumnos y saber sacarle partido a una experiencia que puede ayudar a mejorar el aprendizaje y a plantearse la idea que da título a este artículo: ¿y si no hacemos exámenes?...

Como conclusión: De nada serviría todo esto si el alumnado no creyera que este modelo es válido, si no sintieran que de esta forma aprenden más y que el no hacer exámenes puede favorecer dicho aprendizaje. Por este motivo, si empecé este documento exponiendo las primeras reflexiones de mis alumnas al oír la propuesta quisiera acabar con algunas de las opiniones que aportaron al finalizar el curso valorando el método de evaluación seguido. Esto de por sí ya justifica el método seguido y aporta la fuerza suficiente para seguir con el mismo en otros cursos.

Las opiniones del alumnado:

La propuesta es buena y positiva. Con el diario aprendo mucho y repaso las clases. Se me quedan las cosas de manera más amena. Si tuviera que estudiarlo se me habrían olvidado la mayoría de las cosas.

Al principio tenía más miedo al hacerlo así, pero me ha gustado porque me he enterado de todo.

Los contenidos quedan más consolidados al escribirlo para un diario ya que con un examen se nos olvidaría enseguida al estudiar para aprobar y no para aprender.

Me gusta, ya que un examen no demuestra los conocimientos que tengo.

En un examen estudias para soltarlo como un papagayo y acabas recordando menos.

Al no haber examen he estado menos agobiada y eso me ha hecho que lo pudiera disfrutar más.

Siento la evaluación sin la presión de un examen. Además estoy más motivada sabiendo que el profesor confía en mí.

Al principio no me convencía, pero los contenidos del módulo los he afianzado sin la necesidad de estudiarlo con el estrés y el agobio para escribirlo en un examen.

Al no haber examen no tienes tanta presión para aprender sino que aprendes porque te motiva y te gusta. Aprendes porque quieres, no lo “autoborras” cuando acaba el examen y lo utilizas y aplicas en tu vida.

Cuando se me dijo que no había examen me costó aceptarlo. Pero la experiencia ha sido buena. Nunca pensé que sin tener que sentarme durante horas enfrente de un libro repitiendo una y otra vez ideas que después serían vomitadas en un examen a cambio de una nota pudiera ser capaz de aprender conceptos útiles para mi vida.

Ojalá en los próximos años se apliquen nuevas metodologías como esta que ayuden al alumno a aprender porque quiere y no porque tiene que hacerlo para luego soltarlo en un papel.

Para saber más:

- Acaso, María: *Reduolution. Hacia la revolución en la educación*. Paidós. 2013
- Vergara Ramírez, Juan José: *Aprendo porque quiero*. Ediciones SM. 2015
- Rescoldos. Revista de diálogo social. Nº 33. 2015. *Evaluar ¿cómo?, evaluar ¿para qué?*